

VISITA A ALGUNOS 'KALASASAYA' DE LA COSTA PERUANA

POR J. IMBELLONI

I. ESTRUCTURAS DEL VALLE DE VIRU

El valle de Virú es uno de los tantos oasis transversales que interrumpen con los alegres tonos verdes de sus terrenos de cultivo la monotonía grisácea-amarillenta del inmenso desierto costanero peruano, y está delineado por el río del mismo nombre. Orientado de Este a Oeste, como todos los demás ríos de la faja árida del Pacífico (con excepción del Santa en su curso superior), desemboca en el Océano a unos cuarenta kilómetros al sur de Trujillo, capital del departamento de la Libertad.

En los últimos días del mes de Agosto de 1939 recorrí el curso del Virú desde la magnífica carretera del litoral hasta el mismo pie de la Cordillera. Fué mi compañero de viaje y de observaciones el Sr. Don Rafael Larco Hoyle, director del famoso museo de antigüedades del Norte del Perú denominado «Museo Rafael Larco Herrera», situado en la estancia de Chiclín. En verdad no podría haber deseado mejor guía, porque se trata del primer descriptor del campo arqueológico de Queneto (en las primeras páginas del I tomo de su obra *Los Mochicas*, Lima 1939) y autor de varios ensayos y artículos sobre la anticuaría peruana.

Durante el camino, después de pasar al lado de la vieja hacienda de San Ildefonso, que fué un tiempo heredad de los antepasados de mi acompañante, visitamos someramente los edificios centrales de la antigua hacienda de Tomabal, donde requerimos a los dueños el permiso de seguir la ruta. Queda-

mos algunos minutos en admiración ante la mole del llamado "Castillo". Se trata de una verdadera montaña que se yergue al lado izquierdo del camino, tan elevada y maciza que queda visible del fondo mismo de la quebrada, y por muchas leguas alrededor constituye un elemento del paisaje. El lector podrá juzgar su tamaño por las fotografías que publico, particularmente si se toma la molestia de comparar su mole con dimensiones conocidas o convencionales, como ser las del automóvil parado en la ruta o la talla del hombre que aparece poco arriba de ella. La naturaleza exterior y visible del "Castillo", con la infinita sucesión de sus panes de adobes, análogos por su construcción a la de las principales 'huacas' o pirámides costeras, con sus murallas de contención que se levantan, especialmente en la sección inferior del conjunto, sustituyendo la piedra al adobe, con el ambicioso perfil de su elevación y de su extensión horizontal, ofrece al viajero otros tantos motivos de admiración y propone a la mente del estudioso gran cantidad de interrogantes. Se tiene la impresión de que la gigantesca obra constructiva del hombre tuvo en parte por sustento una elevación natural del terreno.

Una vez rebasada la angostura del valle, el camino de allí a poco conduce a un lugar más abierto, y siempre cultivado, con mayor o menor intensidad. Luego, toda verdura desaparece y entramos en un pequeño valle secundario, colocado al mismo pie de las primeras estribaciones montañosas. Es la quebrada de Queneto, así llamada por el nombre del cerro que la domina. Su aspecto es el de un diminuto cono de deyección, cubierto por elementos pétreos menudos, gruesos y muy gruesos, casi todos con aristas cortantes: un verdadero reservorio de detritos torrenciales.

El tránsito desde la porción verdeante hacia este aspérrimo reino de la piedra es casi subitáneo.

Y ya después de los primeros pasos, encontramos a tres monolitos yacentes en el suelo; la figura que publicamos permite formarse una idea acerca de su tamaño (más o menos tres metros). Muy correctamente ha observado Larco Hoyle en su descripción que sin duda los tres monolitos estuvieron erguidos; porque el que está roto (es el que vemos en el primer plano de la fotografía) ha dejado su base inserta en el terre-

no. La distancia entre el emplazamiento de los tres monolitos era de unos diez metros aproximadamente.

A partir de los tres *menhires* abatidos empieza para el visitante una especie de *via crucis* en procura de senderos siempre más pedregosos. El automóvil fué dejado, necesariamente, al límite de la zona cultivada. Las piedras son de tamaño progresivamente creciente, y este 'duro calle' se interna por varios kilómetros en la quebrada.

Muchos son los elementos de interés arqueológico que se nos presentan a la vista, y me limitaré a enunciarlos del modo más somero:

1. la existencia de construcciones en piedra, reducidas a puras ruinas; según Larco Hoyle se divisarían patios centrales rodeados por habitaciones;

2. la naturaleza de las murallas y construcciones colocadas encima de los cerros circundantes, en particular modo en los que limitan el lado norte de la quebrada; por su aparejo parece que deban asignarse al período de la civilización mochica;

3. los detritos de tierra cocida y fragmentos de vasos diseminados en la quebrada: comprenden tipos toscos al lado de otros perfectamente modelados pertenecientes a piezas cerámicas mochica. He recogido modelos de buena fabricación;

4. las pinturas rupestres que adornan las superficies planas o levemente redondeadas de gran número de bloques pétreos, especialmente en la parte más elevada del pequeño valle; reproducimos un solo ejemplo en nuestra foto;

5. la existencia de una antigua calzada, seguramente de construcción indígena, cuyas disposiciones y dimensiones no pueden dejar de sorprender al visitante. Por ser inédito, consagramos una de nuestras fotos a este camino, que recorre la quebrada de Sur a Norte (en el sentido recorrido por el visitante) y que, al encontrar el frente de las estribaciones cordilleranas, revela la ya muy conocida tendencia de los caminos peruanos indígenas, de no apartarse de la línea recta, a pesar de los desniveles del terreno. En muchos trozos este camino está casi intacto, como puede verse en la fotografía que publicamos. Consta de una calzada central de gruesas lajas yuxtapuestas, cuyo ancho es de 6 metros; de cada lado síguele una franja que fué visiblemente limpiada de pedregullo,

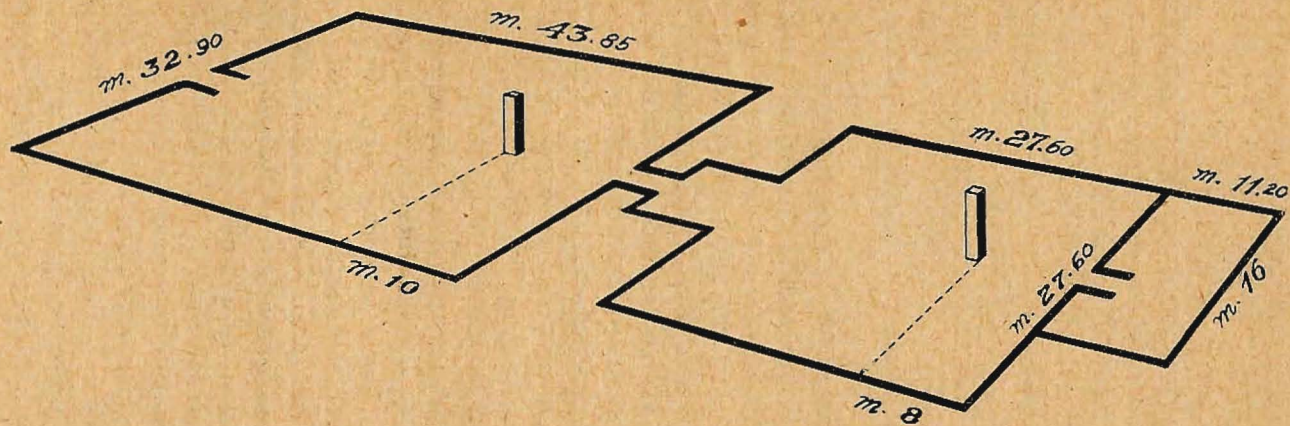
ancha 3.20 m.; externamente el cauce está limitado por una hilera de grandes piedras que desempeñan el papel del cordón de nuestras calles actuales. Adonde llevaría una tal avenida de 12,40 m. de ancho, no podría decirse sin investigarlo a fondo. Allí, sobre el terreno, el señor Larco Hoyle me indicó que pudo conducir, a través de las montañas, hacia la región de Caxamarca, y por cierto podíase seguir por un trecho su recorrido más allá del valle, hacia los cerros, aunque su calzada en esa parte reducía en mucho el ancho. Mi impresión fué que se trata de un trozo excepcionalmente ensanchado a lo largo de un trayecto no superior a unos 1 ó 2 kilómetros, desde el emplazamiento de los tres *menhires* hasta la porción más lejana del fondo-valle, donde las pinturas rupestres, las dos plazuelas que vamos a describir y otros restos de edificios en ruina atestiguan la existencia de una tupida agrupación de elementos constructivos. Pienso, en una sola palabra, que se trata de una suerte de *grande allée* destinada a conducir desde los caminos de la costa hacia este grupo pedemontano de estructuras ceremoniales.

6. por último, los dos *kalasasaya* de Queneto, de los que nos ocuparemos de inmediato menos sumariamente.

Nuestra fotografía de la lámina 3, tomada después de ascender unos 70 metros sobre la aspérrima colina del Norte, permite abrazar con una mirada de conjunto las dos estructuras principales del campo de Queneto. El lector puede formarse una idea de las emociones profundas que sentí al tener bajo mi vista un doble monumento de características tan regulares, simples y grandiosas al mismo tiempo.

Calcúlese que las dimensiones relativamente exiguas de mi foto cubren diagonalmente, es decir en el sentido de la longitud de ambas estructuras, la notable distancia de noventa metros (exactamente m 87,50), y es justamente en razón de tales dimensiones que para conseguir una vista "a vuelo de pájaro" se hace necesario ascender a no poca altura en la escarpada pendiente del cerro a cuyo pie, sin intervalo alguno, convergen dos de los lados del rectángulo.

Se trata de dos recintos de piedra, de forma exactamente cuadrada el primero (m. 27,60 × 27,60) y el segundo de forma rectangular y más amplio (m. 43,85 de largo × 32,90 de



Croquis prospettico de las estructuras de Queneto, con las dimensiones más importantes. Está tomado desde un cerro, cuya posición coincide, respecto al trazo, con la dirección del Norte magnético. En lo que concierne a los niveles, entre la plataforma A) y la B) se observa una diferencia de $2\frac{1}{4}$ m., siendo más elevada la segunda, cuya esquina más próxima está en contacto con el pie del cerro.

ancho); comunican uno con otro mediante una especie de cámara cuadrada que hacia el Este se restringe a guisa de angosto corredor.

El piso del corredor es inclinado de Oeste hacia Este, lo que significa que para pasar del nivel de la plataforma oriental al de la otra hay que subir más o menos $2\frac{1}{4}$ m.

En la extremidad occidental del conjunto agrégase una tercera estructura de trazo rectangular, de menor amplitud, que no está comprendida en la lámina 3, mientras puede apreciársela en nuestra foto de la lámina 4. En este tercer recinto fueron encontrados, excavando ligeramente el suelo, los ejemplares de la cerámica ruda de que luego hablaremos; el recinto está cercado por una breve muralla de piedras de tamaño menor.

Volviendo a las dos plazoletas mayores, se levantan en el interior de las mismas sendos monolitos, que constituyen el elemento dominante de cada plataforma y contribuyen a darnos la impresión de que no tenemos bajo la mirada un simple campo de ruinas, sino una doble construcción ceremonial casi intacta. Más cuidadoso examen, en efecto, nos induce a deducir que el desgaste es poco considerable y que con ligeros trabajos de restauración podrían ser yuxtapuestos tanto los elementos de la muralla como los del cerco de piedras erguidas que actualmente se encuentran desplazados o reclinados a uno u otro lado de su emplazamiento original.

De la visión del conjunto surge espontánea la consideración de la antigüedad relativa. Estoy perfectamente de acuerdo con Rafael Larco Hoyle en apreciar que las dos plataformas son de construcciones distintas, en el sentido que la oriental, que indicaremos con A), fué hecha en una época posterior; así lo delata la mayor perfección del trabajo, consistente, como hemos dicho, en una construcción de piedras de escaso tamaño, regularmente dispuestas, con pretensiones de mostrarnos un verdadero 'aparejo' murario.

En cambio, todo el perímetro de la plataforma B) está construído con técnica más primitiva. Se compone de grandes bloques, a veces de dimensiones realmente imponentes, levantados unos tras otros con intervalos variables y asociados con una muralla muy baja de piedras menores.

En algunos trozos de este cerco de naturaleza tan ruda, los bloques parecerían formar parte integrante de la muralla, la que por lo común se ha desmoronado a sus pies, mientras en otros es innegable que desempeñan el papel predominante de verdaderas 'piedras erguidas' en cadena.

Nuestra foto, que ilustra el sector Sureste de la plataforma B) no deja lugar a dudas sobre este punto, y el macizo pétreo de 4 metros de altura, de forma piramidal, que en ella domina, demuestra palmariamente cual fuera el papel de tales 'piedras paradas' a lo largo del cerco. Otra vista suficientemente ilustrativa es la que se refiere al sector Norte (lámina 5).

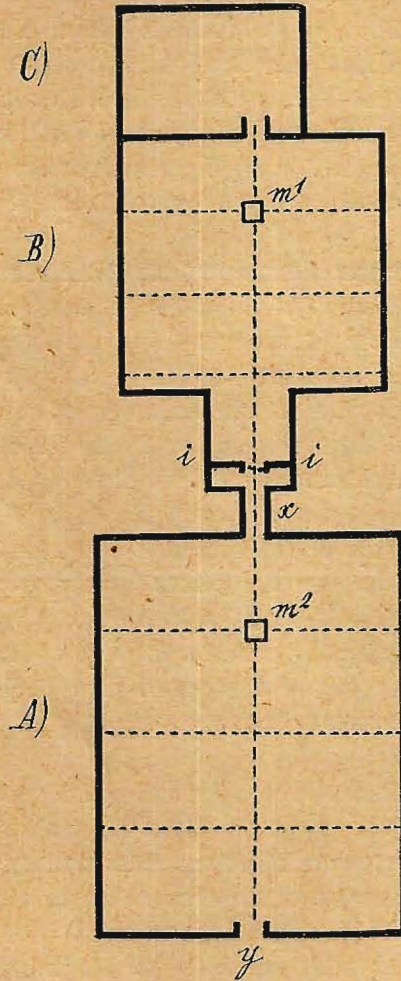
Pero el lugar donde la idea constructiva resulta más visible, es el que corresponde a las paredes del pequeño corredor que lleva de la plataforma A) a la B), cuya anchura no alcanza 2 metros; en este punto la estructura monumental del cerco nos ha sido conservada de modo admirable, a pesar de la inclinación de algunos bloques. Véase nuestra fotografía de la lámina 7; en el fondo se divisa al monolito de la plataforma inferior.

La existencia de tal corredor de técnica muraria primitiva me sugirió que en ese punto tuvo que estar originariamente colocado el acceso a la plataforma B), antes de que fuera construido el segundo recinto. Esto se confirma con la existencia de un intervalo en el cerco oriental de la plataforma A) el que manifiestamente fué en su origen una especie de ingreso a la misma.

En lo que concierne a los monolitos, no hay que descuidar el hecho que el de la plazoleta B), más antigua, muestra por su forma exterior haber sufrido el desgaste atmosférico en un grado mayor que el monolito de la plazoleta A). En cuanto a sus dimensiones, el primero mide m. 3,60 de alto y el segundo 2,74 (todas estas medidas son las brindadas por Rafael Larco Hoyle).

Ambos monolitos están situados, con apreciable exactitud, a igual distancia de las paredes laterales, esto es, justo en la línea que divide el conjunto de las construcciones en el sentido de su longitud (aproximadamente de Este a Oeste). Sin embargo, hay una cierta diferencia geométrica en el emplaza-

miento de los monolitos en su plazoleta respectiva. En efecto, el de la plazoleta A) se encuentra al término del tercer cuarto de su línea de simetría, mientras el de la B) se yergue al terminar el segundo tercio, tomando como base la visual desde



Plan esquemático de las tres estructuras del yacimiento arqueológico de Queneto.

Oriente hacia Occidente. El esquema que acompañamos permite seguir gráficamente nuestras consideraciones.

En un principio he pensado que la diferencia entre $3/4$

y $2/3$ fuese una cosa sin importancia para los constructores. Pero luego, teniendo mi vista fija sobre el conjunto, me vino la idea de recorrer con la imaginación el doble recinto, poniéndome idealmente en la condición de uno de los indios que desde el valle penetraban en él después de recorrer la *grande allée* que procede a partir de los monolitos tumbados.

Naturalmente, lo primero que me incumbía era determinar la dirección de su marcha y su mirada, en función del punto de acceso al doble recinto.

Recuerde el lector lo que ya he dicho sobre la naturaleza del corredor x y de la abertura y , el primero calificado como ingreso a la plataforma B) y el segundo como punto de entrada a la plataforma A). Fué de acuerdo a estos indicios que, mientras me mantenía en mi incómodo observatorio, acurrucado sobre la pedregosa ladera del cerro Norte, tuve la certeza de que todas mis fotografías habían sido situadas en sentido contrario a la visión del supuesto visitador indígena, aunque tuviese que reconocer que ello fué por el imperio de las condiciones topográficas.

El indio llegaba al monumento acercándose al lado oriental, el que en nuestras fotos constituye el fondo, y recorría la plazoleta A) encontrando el monolito respectivo a los $3/4$ de su longitud. Luego subía el corredor inclinado que ya conocemos para ingresar a la plazoleta B) A contar de su ingreso a ésta, que está representado por la línea $i-i$, encontraba el segundo monolito exactamente a los $3/4$ de su marcha longitudinal.

En cuanto al pequeño rectángulo C), debía tratarse, con probabilidad, de un sector que desempeñaba en el conjunto el papel de un lugar más reservado, una especie de *sanctum sanctorum*, si a esta locución convenimos dar un sentido simplemente aproximado y relativo.

Del recinto C), en efecto, fueron extraídos los ejemplares de una terracota de color rojizo y mezcla excesivamente grósera, de formas primitivas y desprovistos de adornos, que se encuentran hoy depositados en el «Museo Rafael Larco Herrera», de la hacienda Chiclín. Fueron encontrados a muy escasa profundidad, y fué suficiente — por decir así — escarbar apenas el duro terreno. El reducido tamaño de esos

vasos puede apreciarse perfectamente en nuestra lámina 8. Su aspecto es globuloso, con un leve asomo de angostura en la región del cuello en contados ejemplares; la simetría de la forma deja mucho que desear; las paredes son espesas e irregulares: se trata evidentemente del producto de manos inexpertas o poco cuidadosas. Fueron encontrados en grupos de unas diez piezas cada uno, y todo induce a suponer que su finalidad fué contener ofrendas.

No sería conveniente abandonar esta localidad sin hacer mención de un *abri sous roche* que se encuentra a unos cien pasos de los recintos, en la escarpada pendiente del cerro, con vista hacia las montañas (lámina 8).

Se trata de un curioso monumento en el que no sabría decir con seguridad cuánta parte tuvo la mano del hombre y cuánta la fantasía modeladora de la naturaleza. La fotografía que acompaño no es apta para dar una idea exacta del emplazamiento, a caballo de un profundo abismo y en un lugar que domina gran parte de los alrededores, puesto al final y a espaldas del camino que procede del valle, en cuyo sector final se divisa la figura de nuestro peón. En compensación ofrece una idea suficientemente clara del abrigo, cuyas rocas superiores están cubiertas de imágenes rupestres. Estas tienden a desaparecer, por haberse borrado en gran parte las líneas blancas que las componían. El fondo inferior del abrigo se ve ocupado por unos cuantos bloques de formas regularísimas y superficie exterior lisa, yuxtapuestos uno al lado del otro, casi fuese su fin el de brindar una sucesión de espaldares bien alineados.

Para mí es indudable que el abrigo que acabamos de describir forma parte del conjunto anterior (camino real, doble recinto, rocas pintadas, etc.), y, sin poder asegurar con la debida precisión la sucesión cronológica de las épocas respectivas, me veo forzado a deducir que la entera zona, con sus estructuras remotas y con las menos antiguas, conservó durante un tiempo suficientemente largo una función ceremonial constante, hasta convertirse en una especie de centro sagrado, el que fué meta de peregrinaciones.

Hay indicios, por la cerámica que hemos recogido en el amplio cono de deyección, que también los Mechica se digna-

ron tributarle todo su respeto, de la misma manera que los pueblos civilizados modernos acostumbran dispensar sus cuidados y veneración a muchos lugares que fueron centro de los ritos religiosos más antiguos, sin excluir los prehistóricos.

A pesar de la reserva que hemos enunciado más arriba, no podemos eludir la conveniencia de ordenar en un prospecto nuestras apreciaciones sobre la antigüedad recíproca, a manera de esquema provisorio:

- | | |
|--------------------------|---|
| I, época pre-mochica | <ol style="list-style-type: none"> 1. el recinto B) con su corredor y acceso. 2. las piedras pintadas. 3. el 'adoratorio' en abrigo, con sus pictografías. 4. los vasos de terracota ruda. |
| II, época mochica | <ol style="list-style-type: none"> a) el recinto A) construído a imitación y ampliación del primero. b) la cerámica figurada esparcida por el valle. c) las construcciones en ruina con patio central. |
| III, época chimú-incaica | <ol style="list-style-type: none"> el 'camino real' que lleva al campo arqueológico. |

En cuanto a los tres *menhires* que señalan el ingreso a la región pedregosa, no me parece prudente asignarlos cronológicamente a una época más que a otra. Su estado de conservación denotaría, a mí ver, una edad menos antigua que los monolitos erguidos en el interior de los recintos de piedra.

II. ESTRUCTURAS DEL VALLE DE PATIVILCA

El segundo yacimiento peruano, del que haré mención con mayor brevedad, está situado en el valle del río Fortaleza, a un tercio de la distancia que separa la ciudad de Pativilca de la localidad de Cajacay. Estamos por lo tanto a breve intervalo de la orilla del Pacífico, más o menos a unos 30 kilómetros de la fortaleza costera de Paramonga.

Como en el viaje de ida hacia el callejón de Huaylas había pasado por esa localidad en las primeras horas de la madrugada, mientras el paisaje se encontraba sumido en las tinieblas, mis observaciones de ese yacimiento fueron realizadas durante el viaje de retorno a la costa, al bajar de Cajacay hacia Barranca.

El lugar exacto está determinado en el mapa vial del Ministerio de Fomento con el nombre "Tres Cruces", y en efecto se levantan allí, sobre el mismo borde de la carretera, a la derecha bajando de la sierra, tres de esas cruces de madera con el lienzo de la pasión, que son tan frecuentes en la costa del Perú. Del lado opuesto, a un centenar de pasos de la carretera, se levanta el monolito que ilustran nuestras fotografías. El paisaje está constituido por el cono de deyección de los cerros que cierran la perspectiva desde el norte y el este, a guisa de anfiteatro (lámina 9).

Se trata de un grueso bloque de piedra negruzca, plantado en el suelo y algo inclinado, de sección aproximadamente cuadrada, que sobresale del terreno unos dos metros y medio.

He recogido en la región la versión de que en sus cuatro costados presenta las huellas de las ataduras que sirvieron para asegurarlo mientras se le arrastraba hacia su emplazamiento actual, desde el sitio de su origen. Trátase, como es evidente, de una tradición vernácula que no responde a la verdad. Las líneas excavadas a guisa de canaletas, de las que pueden contarse unas 7 mayormente marcadas, no parecen ser obra del hombre, y si del desgaste atmosférico que ha profundizado las vetas naturales de la roca. Nuestra fotografía (lámina 10) presenta la evidencia de su recorrido harto irregular.

Este monolito está circundado por una pequeña área de alineamientos de bloques pétreos de diferentes tamaños, los que revelan la existencia de estructuras cuyo trazo geométrico no pude averiguar —muy a pesar mío— en el escaso tiempo de que disponía.

Sólo puedo afirmar que el monolito señala un punto interno y predominante incluido en un recinto o serie de recintos cuya área parece ser menos amplia que las observadas en el valle de Virú, y cuyos cercos tuvieron una regularidad y simetría menos rudimentaria.

Cerca del monolito erguido yacen en el terreno otras piedras tumbadas de gran tamaño. Una de ellas (de formas irregulares) está completamente cubierta de pictografías, cuyas líneas blanquecinas se encuentran actualmente medio borradas por la acción prolongada de los agentes atmosféricos (lámina 9).

III. OBSERVACIONES

Después de narrar las circunstancias de mis visitas a estos yacimientos peruanos y de describirlos someramente, no podría considerar agotado mi cometido si no añadiese que los monumentos de esta naturaleza merecen la atención de los arqueólogos del Perú en una medida que no puede ser apreciada por los que se dedican esencialmente a la colección y contemplación de los 'bellos vasos' y 'huacas' de Nazca y Trujillo. Es necesario, y en cierto modo urgente, que las personas familiarizadas con la anticuaría peruana realicen con la mayor meticulosidad una especie de censo de todos los recintos de piedra y de los monolitos que se encuentran todavía visibles en los terrenos no cultivados de ese privilegiado país, sin dejar de aprovechar la literatura general y especial (cronistas y viajeros por una parte, autores de memorias arqueológicas por la otra) ni de recorrer los museos, por el hecho muy simple que la mayor parte de tales restos no se encuentran ya en el terreno en la forma original, y su yacimiento primitivo está casi olvidado.

Como sugestión, y a manera de ejemplo, véase el recinto pétreo de la caleta del faro de Supe explorado por el doctor Max Uhle en 1919; las estructuras de piedras erguidas de Cupisnique; luego las grandes piedras puntiagudas y grabadas que figuran en la primera sala del Museo Prado de la Universidad de San Marcos, etc.

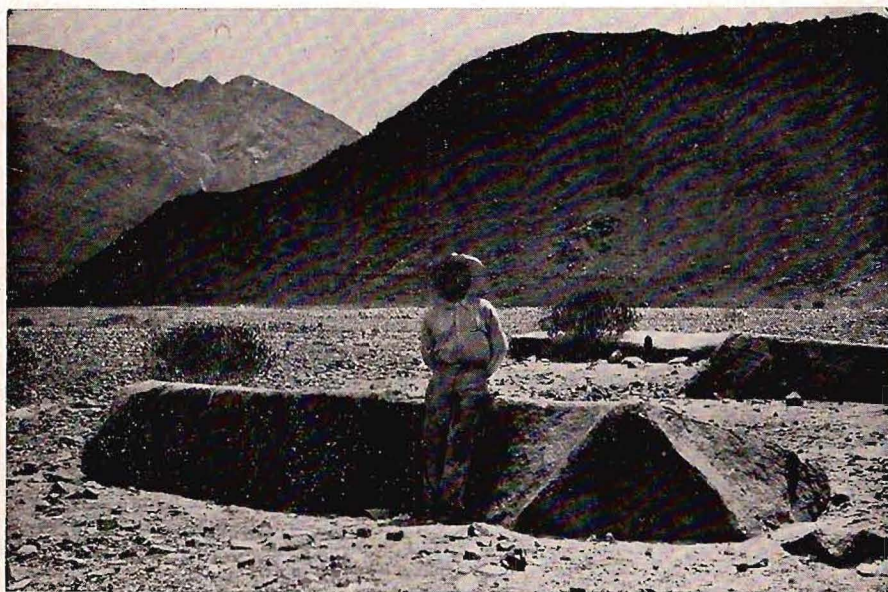
La finalidad debe ser reconstruir las estructuras de que tales elementos formaban parte, tal como fueron originariamente, con sus disposiciones geométricas posiblemente exactas, dimensiones, orientación, etc. También el yacimiento de Tres Cruces (valle del río Fortaleza) reclama una observación mucho más meticulosa, en el terreno.

La misma urgencia vale para los yacimientos del territorio de Bolivia, de dónde surgió por primera vez en Sudamérica la visión de un típico recinto de 'piedras paradas' o *kalasasaya*. En Bolivia se ha hecho algo en este sentido por parte de W. Bennet y Maks Portugal; pero mucho más queda por hacer, y grandes esperanzas ponemos en la obra del actual director del Museo Nacional de La Paz, doctor Jehan A. Vellard. Este cauteloso investigador y antiguo compañero de trabajo nos ha prometido, durante su última estada en Buenos Aires, que dedicará todos sus esfuerzos a la compilación de un repertorio de los *kalasasaya* bolivianos.

Las razones de nuestro gran empeño en este sentido las encontrará el lector en un escrito que ha aparecido en estos últimos meses en las *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología* de Buenos Aires, tomo III. Delineamos en él la definición de lo que se entiende por *kalasasaya*; establecimos de manera provisoria una convención racional dirigida a unificar las denominaciones del recinto y del *menhir* principal, siguiendo la índole de la lengua aymara y al mismo tiempo la tradición de los nativos, y por último esbozamos el carácter étnico-patrimonial de esta antigua forma de construcción megalítica, considerando no sólo las variaciones que la misma ha sufrido en la América Andina desde las épocas más remotas hasta las recientes, sino también sus relaciones formales e históricas con los monumentos análogos y homólogos del área megalítica oriental (Asia meridional, Indonesia e Islas del Pacífico). Por último prospectamos en ese trabajo una interpretación menos arbitraria e incompleta del mismo *Kalasaraya* de Tiahuanaco, tan inconsideradamente maltratado por los que pretendieron ilustrar ese famoso monumento con abstracción de toda operación comparativa y crítica tipológica, como si se tratase de una creación única y aislada en el panorama de la etnología.



El "Castillo" de Tomabal, en el valle de Virú (porción Suroeste).



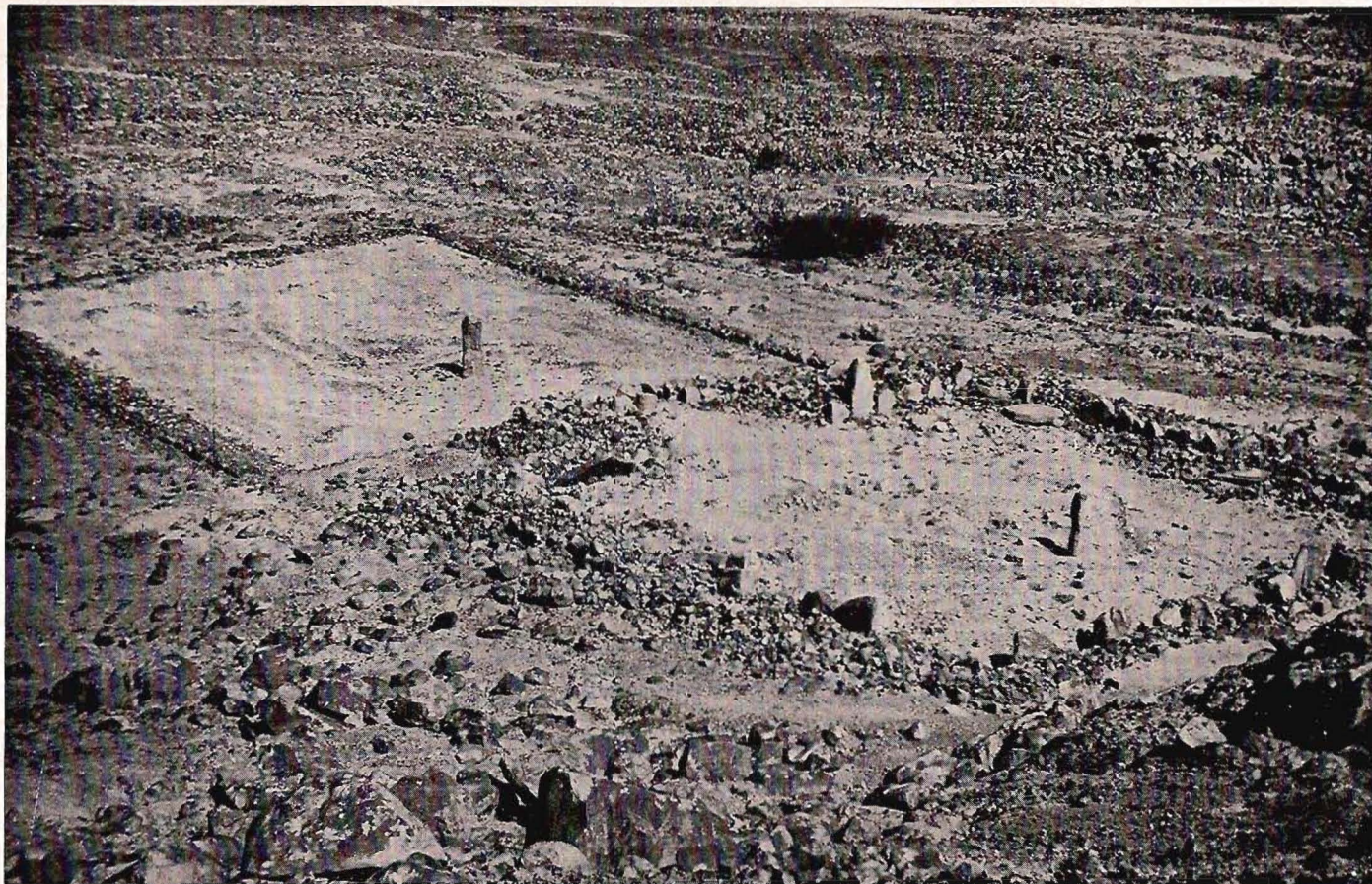
Los monolitos tumbados de la entrada al yacimiento arqueológico de Queneto.



Porción noreoriental del "Castillo" de Tomabal.



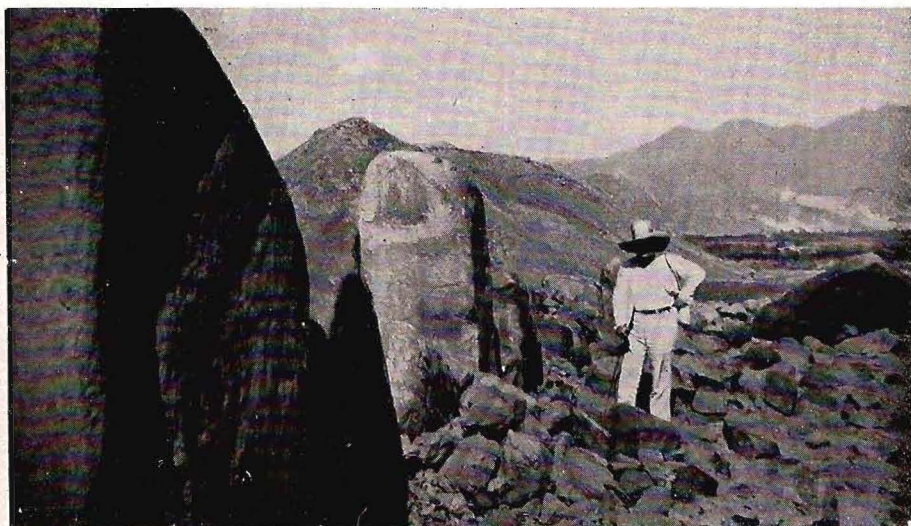
Aspecto de la calzada embaldosada del valle de Queneto.



Vista general del doble Kalasasaya de Queneto, tomada desde la altura
(recintos B] y A]).



El recinto N° 3 de Queneto, que en nuestros esquemas del texto aparece señalado con la letra C). El recinto B) aparece en escorzo.



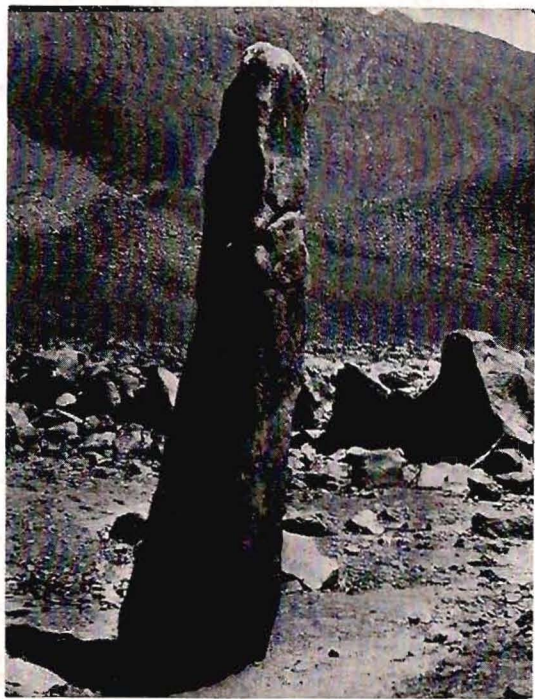
Lado septentrional del recinto B). Es visible la silueta del Sr. Rafael Larco Hoyle.



Porción del lado Sud-oriental del cerco que limita a la estructura B).



Lado septentrional del cerco del recinto A).



Monolito del recinto A).



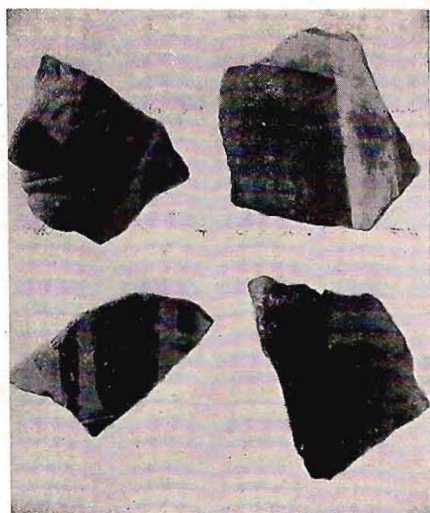
Monolito del recinto B).



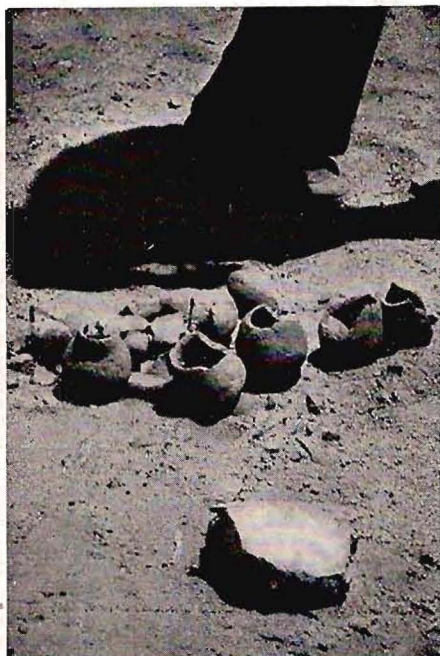
Corredor que pone en comunicación los recintos A) y B); en el fondo el monolito del primero.



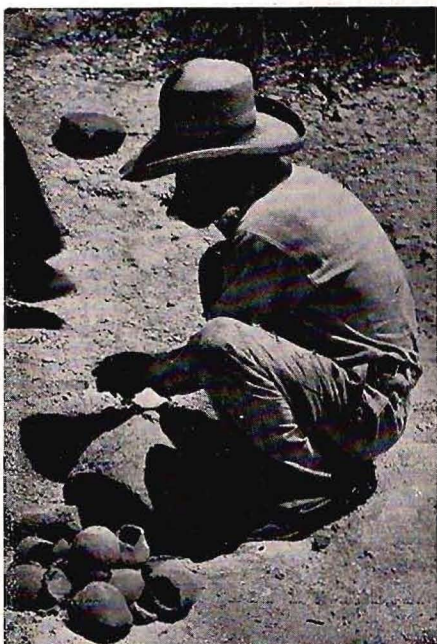
Una de las pictografías sobre las gruesas piedras de la quebrada.



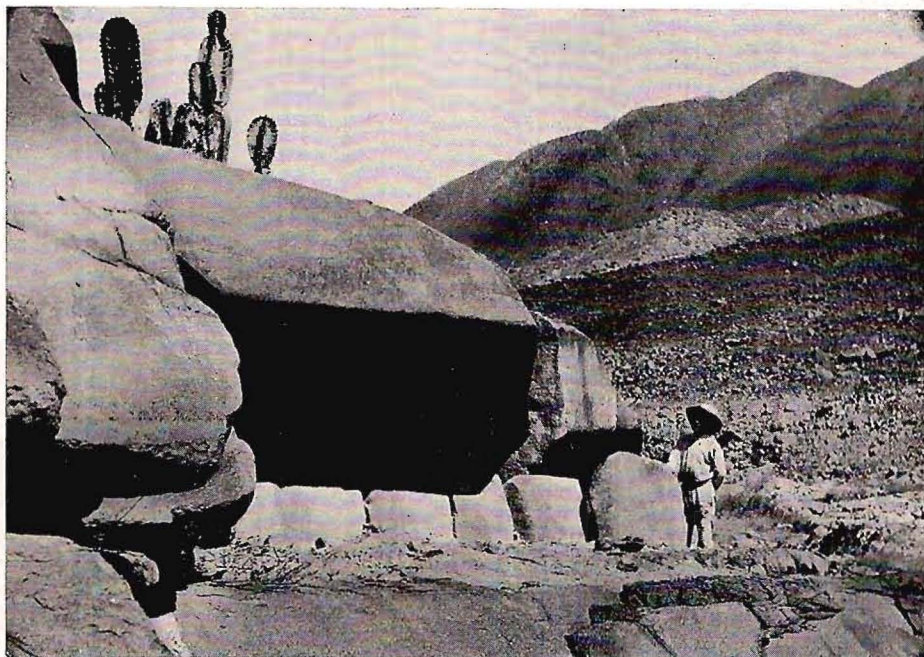
Algunos trozos de vasos figulinos recogidos en Queneto, en el suelo.



Pequeños vasos campanuliformes de alfarería gruesa que se encontraron en el recinto C).



Recolección de dichos vasos y primera limpieza de los mismos.



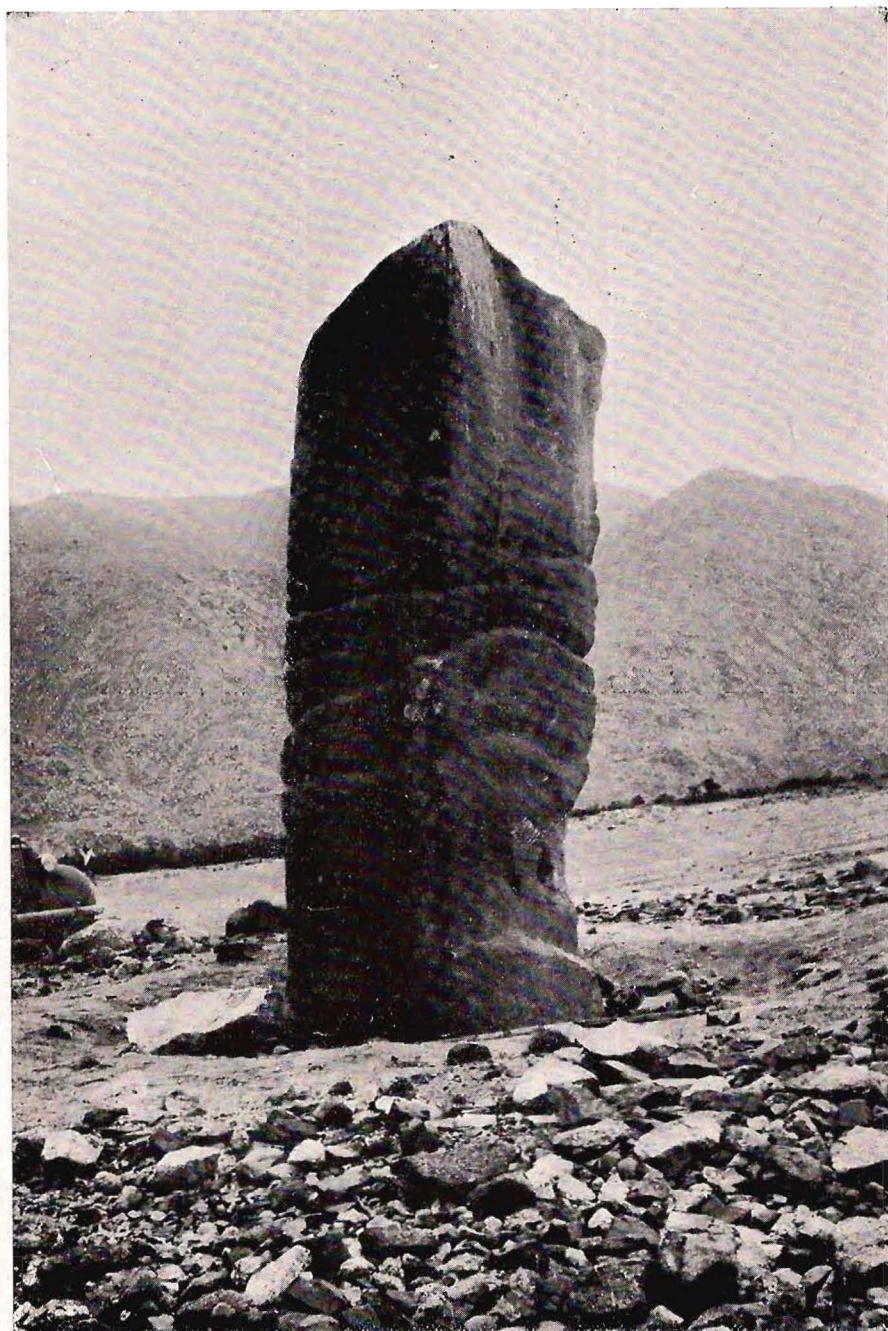
Abrigo bajo roca en el lado opuesto del cerro de Queneto.



Vista general del emplazamiento de los restos de estructuras del valle Fortaleza, localidad llamada "Tres Cruces".



Pictografías del yacimiento de Tres Cruces, que cubren por completo la superficie de una gruesa piedra, en proximidad del monolito.



Monolito de la localidad Tres Cruces al lado de la carretera del río Fortaleza.